

Mis orquídeas entre la arboleda

*Para Lila,
la más fiel de mis amantes,
mi más sólido amor.*

No soy un experto orquideólogo; ni soñar que pueda llegar a ser como el hermano de Sonia Cansinos que vive en los Planes de Renderos. El sí conoce de orquídeas: en su hermosa casa, con vista a San Salvador y al cerro de San Jacinto, él tiene una variedad enorme de esas plantas y flores; las conoce por su nombre científico; las abona y las trata como a sus niñas bonitas. ¡Claro, porque además de apreciarlas por su gracia y colorido, las lleva a las exposiciones anuales, como quien lleva a un grupo de muchachas a un concurso de belleza!

Yo no soy de esos chaperones de orquídeas; ni pretendo llegar a serlo nunca. Mi acercamiento a ellas es, desde todo punto de vista, espontáneo e intuitivo... Como lo es mi acercamiento y comunicación con las mujeres. Soy, pues, en ambos casos —en el de las orquídeas y en el de las muchachas— un diletante jardinero. Me embelezan las formas, los aromas y colores; seduzco y me seducen. Todo, en una danza parecida a la de las abejas: siempre indicando dónde está la fuente del néctar y de la inspiración.

1. Los huéspedes de mi “arboleda”

Hace unos años —en 1987, para ser más exacto— hice un croquis y unas anotaciones acerca de la casa y terreno que tengo en Antiguo Cuscatlán. Titulé a esas notas “Arboleda” porque ahí aparecen consignados árboles y arbustos que ya existían cuando con Ana Francis compramos el terreno en 1975; pero también los árboles y arbustos que yo había sembrado desde aquel 1975, año del nacimiento de mi hijo Rafael Arcadio.

Entre los ya existentes había madrecaaos, aguacates, un almendro, naranjos (agria y valencia), jocotes (supuestamente de corona), mangos, guayabos,

marañones (del rojo y del amarillo) y un limonero. Yo también sembré frutales un coco enano, un arrayán, un paterno, varios arbustos de pacaya, aguacates, mangos (de clase, como el azteca y el ciruela, y un indio), un marañón japonés, anonas, un achiote, un mamón, un shubte (especie de aguacate de carne fibrosa); sólo que estos últimos cuatro estaban demasiado pequeños como para aparecer en la foto de la familia.

Pero, sobre todo, sembré árboles y arbustos ornamentales: izotes, crotos, dos árboles de fuego, un llama del bosque, un calistermo, un almendro de río, un maquilishuat, varios palos de san andrés, pascuillas, pascuas, una casuarina (que yo llamo pino silbador), palmeras (de la corriente y la llamada sica), y como veinte pinos negros (sin contar los quince eucaliptos que sembré a la orilla de la calle aldeaña a mi terreno). ¡Ah, y también dos araucarias!

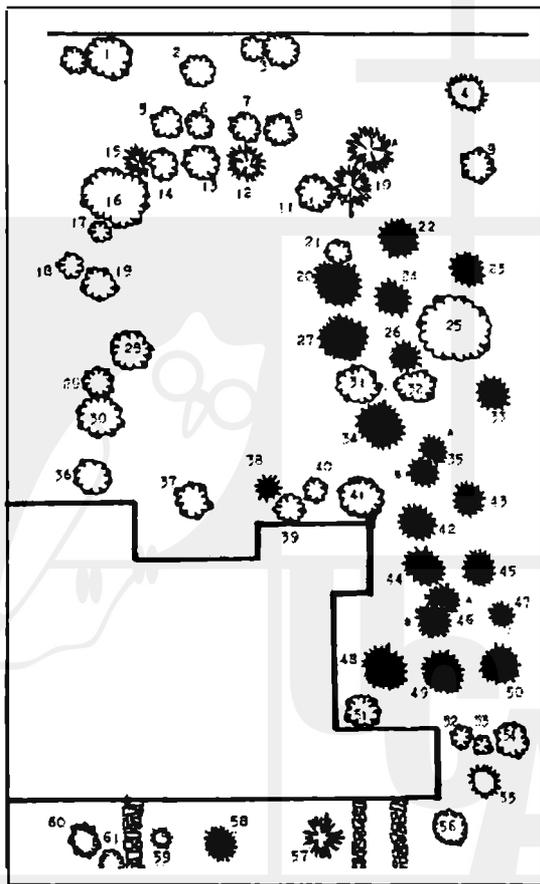
Total, unos sesenta árboles y arbustos consignados dentro de mi propiedad, entre una maraña de enredaderas como el san Carlos, el san José, la misteriosa, la lengua de vaca, el miramelindo y las veraneras (nacionales, porque las colochas hawaianas nunca se me pegaron); filodendros como la hoja de Brasil, la mano de león, el copapayo (filodendro con hojas igualitas a las del papayo), la piñanona (mitad piña y mitad anona), el corazoncito y la carita de burro. Y plantas rastre-ras como la curarina (o lengua de suegra, por larga y por amarga), la hoja de la suerte o lotería, el platanillo, el coquillo y el centavito o cuartillo. Y todo orde-nado en arriates de piedra o rodeados de una alfombra de grama, la de san agustín.

Pero todas esas humildes plantas mencionadas por último —rastreras o enre-daderas— no aparecen en mi “arboleda” porque yo me concentré principalmente en los árboles y arbustos, y en las orquídeas y otras epífitas que habían tomado a aquellos como sustentáculo y punto de apoyo. Ahora tampoco voy a hacer de esas plantas humildes (cercanas al *humus* o suelo húmedo y nutritivo) mi foco de atención, pero alguna referencia me permitirá acerca de sus características y virtudes.

Mediante unas siglas o código totalmente arbitrario, en mi “arboleda” regis-tré los diferentes tipos de epífitas que yo había ido colocando en las astas y ramas de árboles y arbustos, y algunas que llegaron ellas solas en alas del viento (como los gallitos, que tienen la osadía hasta de posarse en los alambres de luz cercanos a la alcaldía de Antigua Cuscatlán). De ese modo, la “arboleda” es un enredijo de números y siglas, indicando: a) el número dado al árbol; b) el nom-bre dado a la epífitas; c) la cantidad de esas plantas en el árbol. Así: 45 (3A, IS, ICH, 2R, 2Ps) corresponde a un pino negro que contiene: tres orquídeas anaran-jadas (*catleya catleya*), una san Sebastián (*catleya skinneri*), una chorizo con huevo (*oncidium sphacelatum*), 2 orejas de ratón (*meiracyllium trinasutum*) y dos pueblerinas (cuyo nombre científico ignoro).

El entrecruzamiento de números y siglas de la “arboleda” quiso ser, en aquel

momento, un trasunto de lo enmarañado de las plantas reales en mi terreno... porque en aquellos tiempos yo me sentía una especie de tejedor: armado de alicate y alambre de amarre, iba yo trenzando las macollas de orquídeas, bromelias (gallitos) y musgos. Y cada vez más alto, porque los tapetes vegetales que me llevaban desde Jayaque las señoras vendedoras, iban cubriendo poco a poco los árboles más altos y gruesos. Hasta que prácticamente todos ellos tuvieron su abrigo verde o, al menos, ostentaron los arbustos una flor en la solapa.



Así fue como cobraron forma mis “jardines verticales” o pensiles como les decía a veces, aunque no eran exactamente jardines colgantes, como en la antigua Babilonia... Y así fue también como yo comencé a experimentar aquella sensación maravillosa de plenitud que siempre acompañó mis jardineadas maña-

neras. La “arboleda” es, en ese sentido, sólo un pálido reflejo de lo que me acontecía entonces.

Casi todos los días me levantaba entre cinco y treinta y seis de la mañana a limpiar y regar mi terreno. Tal era mi obsesión de limpieza que no me gustaba ver ni siquiera la más mínima hoja seca sobre el césped; me daba “armonía”, como decimos los salvadoreños. Ya totalmente limpio el terreno, comenzaba a regar con la manguera la grama y las plantas. Me sumía entonces en un suerte de ceremonia en la que yo era el oficiante, y la naturaleza (plantas y pájaros) mi coro y mis acompañantes.

Ocurría así el milagro: las gotas de agua cayendo desde los “jardines verticales”, a contraluz de un sol recién amanecido; el colorido de las sultanas, icoras y otras flores; el verdor esmeralda y el brillo de la grama; todo eso, envuelto en el friío mañanero, me inundaban los pulmones y el alma de una plenitud sin límites. “—¡Si este rincón de mi jardín podría aparecer en una revista de decoración!”, me decía para mis adentros. Sin embargo, el éxtasis era completo cuando a aquella primera reflexión se le sumaba esta otra: “—¡Esto que estás viviendo ahora es efímero y transitorio; gozalo plenamente ahora, porque pronto se va terminar!”.

La conciencia oceánica —como llaman los poetas— consiste en sentirse nadando en el océano inconmensurable del ser. Para mí esa conciencia se me manifestaba entonces como una mezcla de goce estético, paz interior y nostalgia por algo que yo no sospechaba ni cuándo ni cómo habría de terminar.

De esa manera se me imponía la persuasión de estar tocando fondo: de haber captado y palpado la esencia más íntima de las cosas, la constitución última del ser, porque éste, en su plenitud más radiante, es bello y gratificante, precisamente por su carácter de efímero. La sensación de que se es y de que se tiene el ser por unos instantes, le obliga a uno a gozar más plenamente cada momento, a entregarse a vivir más intensamente lo que se está haciendo... Eso es ser, y en eso consiste todo el Ser (el Das Sein, de los filósofos).

Muchos cambios se dieron desde aquel 1987. Alquilada la propiedad, el descuido y el desamor permitieron la desaparición de muchas plantas: las dos palmeras sicas se secaron; algunos pinos perdieron su cobertura de epifitas, y hasta la alfombra de grama san agustín fue sustituida por una capa de tierra y polvo. A cambio, las veraneras invadieron árboles como el paterno, guayabos y aguacates hasta agobiarlos y aun secarlos, en algunos casos.

Hoy, después de unos años de ausencia, estoy de nuevo en la “arboleda” de Antiguo Cuscatlán. Ha cambiado también el entorno: la cancha de fútbol, frente al terreno, y los grandes eucaliptos rodeados de filodendros y visitados por ardiillas, abejas y toda clase de aves, ya son historia... El impacto casi letal que tuvo para mí esa destrucción del microlima que yo había creado, lo cuento en otro

artículo mío: “¡Yo he visto a mis demonios!”, el cual forma parte del libro *Los duendes de la barranca honda*.

Como ya me he hecho la idea de construir en mi terreno una cabaña para establecerme definitivamente, pues estoy de nuevo familiarizándome con mis árboles y plantas. Ha sido un gusto para mí el ir cuidando y multiplicando otra vez el centavito rechoncho; esa plantita que parece un encaje verde sobre los troncos oscuros y rocosos de los grandes árboles. La oreja de ratón es una orquídea a la que he llamado así por la forma de sus hojas; su flor es una hermosa orquídea morada que se ve mejor a través de una lupa (parece una flor de san sebastián en miniatura). En realidad, se trata de una *meiracyllium trinasantum*, según el libro *Las orquídeas de El Salvador*, de Fritz Hamer. También de ella voy arrancando tiritas para pasarlas a árboles que tienen aún espacios vacíos.

Me gusta esa manera de ponerles apodos a mis “parásitas”⁽¹⁾: así las identifico por características que a mí me dicen mucho. Los tulipanes montañeses, para el caso, son orquídeas que me recuerdan a aquellas flores holandesas por su forma y color; pero, además, me remiten al lugar de donde las conseguí: las montañas de los alrededores de Antiguo Cuscatlán. Su nombre científico: *lycaste suaveolens*.

Hace poco, con mi hijo Rafael Arcadio nos hemos propuesto la tarea de identificar a nuestra orquídeas por su nombre científico. A algunas ya se lo encontramos; a otras, todavía no, y quizás debemos consultar a algún experto para completar nuestra tarea... El hecho es que, aparte de lo curioso (y aun práctico para su clasificación), el nombre científico de las orquídeas a mí no me dice gran cosa; prefiero seguir las llamando por su apodo.

A la grama aérea le puse así porque sus hojas verdes son casi idénticas a las de la grama san agustín. Pareciera que uno ha arrancado un manojito de esa yerba y la ha pegado en un tronco de árbol. Su flor, por lo demás, es aún más pequeña que la de la oreja de ratón; de color blanco, llama la atención cómo conserva la forma peculiar de las orquídeas (esa carita alargada, con dos enormes orejas a los lados), a pesar de sus pequeñísimas dimensiones.

Las banderitas o gallardetes amarillos son pequeñas orquídeas que alegran con su color los árboles donde se hospedan. Florecen más o menos por octubre, y la impresión, entonces, es de que estamos ante la fiesta de un pueblo, con su

1. De hecho, aunque la gente las conoce así, no son verdaderas parásitas porque no se alimentan del árbol anfitrión; no chupan su savia ni lo consumen o secan, como lo que hace el matapalo, por ejemplo. El apelativo epífitas o epifíticas las define mejor porque están sobre otras plantas (o incluso sobre rocas: litofíticas), se apoyan en ellas. Las epífitas son, pues, plantas aéreas, viven de la humedad ambiente; viven del aire.

plaza y calles festoneadas con esos pequeños banderines. A otra orquídea le he puesto la flor de cera, porque aun siendo de pequeñas dimensiones me recuerda a las flores de aquel material. Cuando yo estaba pequeño y tenía ante mí una flor de cera, "me daban nervios" y hubiera querido estrujarla entre mis dedos. Parecido impulso experimento ante mi flor de cera.

Un capítulo aparte requieren las plantas odoríferas de mi jardín, sean rastre-ras o áreas. Por enero y febrero florecen las curarinas, esas plantas largas y levantadas como machetes y lanzas en pie de guerra. Casi al mismo tiempo lo hacen unos crotos altísimos que tengo como división entre mi terreno y el de los jesuitas. Dichos crotos echan unos racimos de flores en forma de pelotitas de hilos blancos. El olor de curarinas y crotos inunda el terreno y aun la casa durante las noches estivales de enero a marzo. Sin embargo, se trata de flores temperamentales; hay años como éste en que no han florecido los crotos, y las curarinas no expelen un olor tan intenso. A saber por qué están enojadas o resentidas...

Entre las orquídeas hay algunas olorosas, como la que yo llamo morada dulzona; menos vistosa que la de san sebastián, tiene, en cambio, un olor delicadísimo que me recuerda al jarabe de fresa. Las escandalosas son unas orquídeas blancas de formas exóticas y aun extravagantes (con una especie de barbas blancas); pero, sobre todo, son en extremo aromáticas. Como de ellas están cubiertos varios troncos de pinos, pues también se inunda el jardín de un fresco olor a lavanda durante las noches de septiembre y octubre. Con esas orquídeas me han ocurrido cosas maravillosas... Una noche comencé a regar mis "jardines verticales" cuando, casi al mismo instante en que caían sobre las escandalosas las primeras gotas de agua, empecé a sentirse un fuerte olor a lavanda. Yo comprendí entonces que ellas se estaban comunicando conmigo; me estaban regalando su aroma en agradecimiento porque yo las estaba regando y cuidando. Y me sentí orgulloso y feliz.

Otra noche, mi hija Ursula se engalanaba para asistir a una fiesta, mientras yo regaba a las escandalosas muy cerca de las ventanas de la casa. En un momento dado, el perfume que venía de la habitación de mi hija, se confundió con el de las orquídeas... Era como si Ursula se hubiera convertido en una orquídea más, o que mis flores también se estuvieran engalanando para asistir a alguna fiesta... En la tranquilidad de la noche, Ursula cantaba... y yo regando y platicando con mis escandalosas.

Hay un mirto que está en el jardincito de entrada a la casa, muy cerca del corredor del frente. También es una flor de olor penetrante y agradable cuando le toca el turno de aromar la "arboleda"... Lo que yo no he podido descubrir a ciencia cierta es de dónde procede un olor a fruta recién cortada, justo en las noches de invierno, después de una lluvia o de un chubasco. Es un olor como a melón, y creo que proviene de la flor de un filodendero al que yo llamo

corazoncito (para diferenciarlo de los corazones, plantas de todos colores que sólo crecen y se reproducen en la época lluviosa). La flor se abre en forma de capilla (o capuchón de los frailes), luciendo en su interior algo así como un pequeño cirio. De ahí puede provenir aquel olor a fruta fresca; aunque también los quequeishques —que forman unas matas enormes durante la época lluviosa— podrían ser los responsables de aquel delicioso aroma.

La piñanona es un filodendro de hojas gigantes parecidas a las de la mano de león. Su fruto, una candela larga y vercosa, con berrugas como las de una anona, produce cuando revienta un fuerte olor a aquella fruta. Si uno se atreve a probar la piñanona se va a encontrar con una carnosidad blanca que sabe a anona, lubricada por una viscosidad amarillenta y urticante como la de la piña.

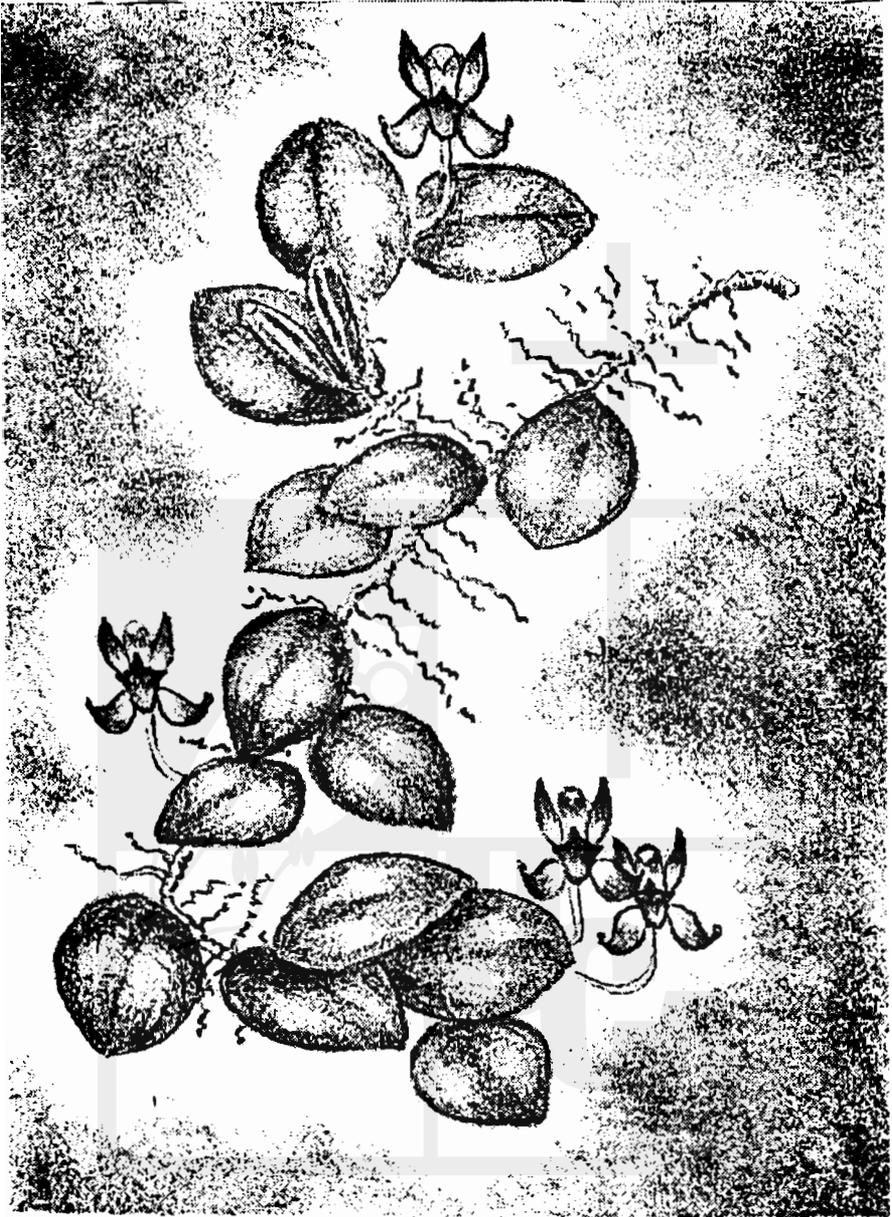
Saltando de nuevo al tema de las orquídeas, en mis árboles hay un monte al que yo llamo patas de títere. Es la orquídea **ponera striata**, según Hamer. Lo llamo de esa manera porque cuando sus hojas en forma de plumeros son movidas por el viento, me recuerdan el andar despacioso de un títere en forma de avestruz que le compré a Ursula hace algunos años, y que aún cuelga en el corredor del frente de la casa.

La cuerno de toro tiene unas hojas que remedan las astas de aquel animal; sus flores, nada vistosas, aparecen a lo largo de una varita que se dobla por el peso de tanta flor. Al extremo de una varita se aglomeran también las blancas orquídeas cuyo nombre científico es **laelia rubescens**. La llamo varita de san José porque son flores que pintan de blanco la arboleda durante los meses de octubre y noviembre, recordando con su forma y color el centro de azucenas con que se representa a San José.

La chorizo con huevo ya llegó a mi casa con ese apodo. Es la **oncidium sphacelatum**. Por los años 87 y 88 puse muy cerca en los roncós a la chorizo con huevo y a las de san Sebastián (**catleya skinneri**). Como ambas florecen por enero y febrero, pues era maravilloso ver esa mezcla de amarillo con pintas cafés de la una, con el morado lila de la otra... Ahora, filodendros y otras enredaderas han cubierto y aun ahogado a algunas orquídeas, de modo que se ha perdido en gran parte el impacto visual que yo había logrado con aquellos arreglos florales.

Un mote de última hora por aquellos años fue el de monjas pueblerinas: unas orquídeas sencillitas que se aglomeran en sus macollas, como monjitas cantando a coro. Por otra parte, hay en mis "jardines verticales" orquídeas tan humildes y tan insignificantes que ni siquiera apodo les he puesto. Injusticia de patrón jardinero que pienso remediar de aquí en adelante.

En cuanto a las bromelias, en mis árboles las hay de varios tipos. A las de un tipo les he puesto gallitos finos de cresta colorada. A otros: gallito enrollado; otros más son del tipo gallito común de cresta morada; para terminar con el



"OREJA DE RATÓN"
(MEIRACYLLIUM TRINACUTUM)

gallito estrella de lengua larga. De esta última bromelia está inundada una araucaria del terreno; el árbol parece ahora un gallinero (gallero, más bien), y sólo cantar les falta a las bromelias para que se arme una algarabía mañanera.

Como ribete, en mis jardines colgantes han comenzado a abundar helechos, musgos, líquenes. Los helechos arborícolas fueron llevados por mí en pequeños manojos o han aparecido espontáneamente. Los hay de varias clases: uno sólo luce sus palmas de regular tamaño en la época lluviosa; durante la seca, su raíz bulbosa parece un gusano inmóvil aferrado a las cortezas. A otro que también llevé desde las montañas de Antiguo Cuscatlán le he llamado la mechuda porque sus hojas son tiras verdes que lucen frescas y lozanas mientras no les falte el agua. Lo mismo que pasa con otros helechos de palmitas más finas y graciosas. Aunque debo decir que estos helechos se comportan como auténticas dormilonas o perezosas: cuando no les cae agua se enjutan y hasta parece que se secan definitivamente; pero al poco de humedecerlas, recobran toda su gracia y su verdor.

Los musgos son también variados en la "arboleda"; la piel de unos está formada por hojitas verdes de unos 5mm que semejan algo así como una nidada de estrellitas de mar. Un musgo que recién he descubierto se presenta como conjunto de dos o tres mechoncitos rojos granate, separados unos centímetros el uno del otro.

Hay por supuesto del musgo común: el tapete afelpado de color característico. Con este musgo me ocurrió algo increíble: pude comprobar que en ellos opera también un mecanismo parecido al reflejo condicionado de Paulov. Resulta que lo normal y corriente para mí era observar que el musgo recobraba su verdor y su brillo al poco de echarle agua con la manguera. Sin embargo, un día me di cuenta de que en un árbol aún no había regado mis "parásitas" cuando ya el musgo se estaba poniendo verdecito. Repetí otros días el experimento, y así pude comprobar —parecido a como Paulov lo había hecho con un perro— que el reflejo condicionado existe aun en esos organismos tan primitivos... Mis musgos se alegran y reverdecen con sólo oír que por ahí alguien se acerca regando. No sé qué opera como la campanita de Paulov: el ruido del agua cayendo en las plantas, o mi voz: porque a veces mientras riego, también acostumbro a estar cantando.

Los líquenes han ido apareciendo cada vez más sobre la piel tostada de algunos palos. En algunos casos, los amplios rosetones blancoverdosos más parecen enfermedad del árbol, como si se tratara de un singular vienteveo... pero no es enfermedad, como no lo es la presencia de hongos; aunque estos —claro está— sí aparecen con mayor frecuencia sobre troncos en descomposición. Los hay con forma de orejas humanas, o de sombrillitas blancas o como algodoncitos entre las ranuras secas —heridas— de un árbol.

Uno de mis placeres más frecuentes es palpar el tejido compacto que se forma bajo las raíces de las epífitas. Un intenso olor a húmedo impregna mis

dedos y me transporta imaginativamente a montañas nebulosas como las del parque Montecristo. Yo cierro los ojos y aspiro. De alguna manera, yo tengo ahí capturado un trozo de bosque: lo siento, lo palpo, lo huelo. Me considero guardián de un tesoro; ahí en esa parcela se respira magia: la que destilan árboles, flores, insectos y aves; la que se expande en poemas, piropos, suspiros, bienvenidas y adioses.

2. El solar encantado

Bueno, la tesis que yo manejo al llegar a este punto es de que esa casa y ese terreno de Antiguo Cuscatlán están encantados; y de que en ese encantamiento contribuyen el oxígeno y vida generados por animales y plantas, así como el amor y la comprensión, vivificadores de las relaciones de las personas que ahí habitan.

Ahora bien, no es sólo imaginación y “poesía” la base de esta tesis. Ahí han ocurrido y están ocurriendo cosas maravillosas medibles, constatables, objetivas (dentro del peso de objetividad que puede tener cualquier fuerte subjetividad). No se trata, entonces, sólo de una romántica e idealizada —aunque la haya— manera de ver y enjuiciar los hechos. Ahí está pasando algo muy especial, y a clarificarlo y a descifrarlo están encaminadas estas notas.

Cuando yo estudiaba en secundaria aprendí que hay varias clases de pararrayos. El clásico consiste en la vara metálica con polo a tierra; el rayo cae en la vara metálica y todo su potencial energético se canaliza hasta el suelo, evitando que destruya árboles o casas. Otra clase de pararrayos es el de estructura cuadrada. En un edificio grande y cuadrado o rectangular, se ponen varillas con polo a tierra en cada una de las esquinas de la construcción. En caso de caer un rayo, éste no lo hace en una sola varilla, sino que se distribuye uniformemente por las cuatro esquinas del edificio, evitándose la concentración de energía en un solo punto.

Pues bien, eso lo sabía yo teóricamente; nunca me imaginé que alguna vez lo comprobaría en la práctica... Ocurrió en una noche de 1960; yo estaba interno en el antiguo edificio del Externado de San José. Sólo los que entraríamos al noviciado jesuita al año siguiente gozábamos de la categoría de internos; los demás alumnos eran externos (como que eran de un “externado”). Nosotros éramos los “apostólicos”; así nos llamaban a los aspirantes a jesuitas.

Esa noche, mientras nos disponíamos a descansar después de la cena, comenzó una gran tormenta, con truenos, relámpagos y todo. En un momento dado, los estruendos de los truenos nos ensordecían; los rayos parecían estar cayendo ahí nomasito. Armados de valor, algunos apostólicos nos atrevimos a asomarnos por la puerta de la habitación del cuarto piso donde estábamos. Espantados, vimos casi sin creer lo que estaba ocurriendo. Como el edificio constaba de pabellones

laterales con un patio en el medio, pues entonces cada vez que caía un rayo, era una culebra brillante la que se concentraba cabal sobre el centro del patio, distribuyéndose al instante en miles de chispas y centellas en dirección a las cuatro esquinas del edificio. El Externado San José fulguraba por unos instantes como una auténtica caja pararrayos. Cada estruendo era ensordecedor, y nosotros los apostólicos observábamos, entre maravillados y aterrados, aquel castigo divino del que sólo —según nuestra ingenua percepción— la divina providencia habría de salvarnos.

Unos minutos duró el espectáculo, pero fue suficiente como para marcar en mí una huella indeleble. Yo había visto cara a cara todo el espantable poder de la energía eléctrica, casi como el que sube a la cima de un volcán y se atreve a ver a pocos pasos una erupción. Para el hombre de las culturas primitivas, un espectáculo como esos equivalía a haber visto vis-a-vis a su Dios... Moisés en el Monte Sinaí.

La casa y el terreno de Antiguo Cuscatlán son como caja pararrayos, pero a la inversa: ahí se genera y se emite al espacio una poderosísima energía. Quizás no es tan aparatosa y deslumbrante como la energía eléctrica de mi episodio de juventud; pero de que existe, existe, y de que se siente, se siente.

Otra serie de experiencias tiene que ver con los sonidos de la “arboleda” y su poder de sugestión. Ahora el sonido más característico es el producido por los pinos negros, la casuarina y los otros árboles frondosos. A veces sopla tan fuerte el viento que uno tiene la impresión de estar en alguna montaña de pinos de Chalatenango. La casuarina con su *HuuUUuuuh... HuuUUuuuh... HuuUUuuuh...* se encarga de poner la nota lúgubre en ciertas noches especialmente ventosas.

A finales de la década de los 80 los eucaliptos que flanqueaban la calle frente a mi casa producían un chasquido ligeramente metálico. Sin embargo, no era un sonido estridente, sino apacible: como si una batalla entre caballeros bien armados se estuviera librando en sordina... Pero eran los bambúes enanos) los que más se hacían notar con sus zumbidos. El suyo es un sonido acuático, como de río o de vertiente precipitándose en alguna quebrada. También los coquillos de hojas duras y fibrosas hacían y hacen oír todavía sus ásperos chasquidos.

Total, que toda esa gama de bisbiseos y ayes provenientes de los árboles, unidos al canto de grillos y aves nocturnas, han operado en mí como potentes y eficaces inductores de ciertos estados de alma... Generalmente, a lo que más me ayudan esas voces del ambiente nocturno es a la reflexión y a las meditación; tanto, que alguna vez yo llegué a sentirme como dentro de una burbuja de cristal; algo así como aquella en que vivía don Xavier Rodríguez —“El señor de la burbuja”, de Salarrué—. (Romper esa burbuja fue como quedarme sin oxígeno y a punto de morir, tal como explico en “¡Yo he visto a mis demonios!”).

Una noche de 1987 o 1988 tuve una extraña comunicación con un poeta que

vivió hace 2.500 años... Sucedió que por esos días yo estaba dando clases de Historia Literaria I; en esa materia se estudia la literatura clásica greco-latina. A mí se me ocurrió —para variar un poco respecto de otros años— que deberíamos estudiar la lírica griega de los siglos VII y VI aC. Nombres como Safo, Anacreonte o Alceo eran algo conocidos para mí; pero un nombre como Alcman de Sardes me era totalmente desconocido. Decidí entonces averiguar algo sobre su vida y obra... Alcman fue un poeta espartano que vivió en el siglo VI aC. Especialmente sensible al paisaje de su tierra, Alcman se refiere así —en uno de los fragmentos que se conservan— a la inmensidad de la noche:

Duermen las cumbres de los montes y los valles y los barrancos y los abismos. El follaje del bosque y cuantas especies de animales y la raza de las abejas y los monstruos de la negra tierra, y las fieras de las montañas y duermen las bandadas de los pájaros de anchas alas.

Cuando yo leí el poema dentro de los límites de lo académico, me pareció hermoso, pero nada más. Esa noche, en cambio, habría de descubrirle otro sentido... Meciéndome en la hamaca del corredor del frente de la casa, comencé a recitar de memoria y en voz baja el poema de Alcman. Como todo estaba oscuro, y hasta el viento parecía haberse callado, entonces me fui dando cuenta de la profunda verdad que contenían aquellos versos. La noche era como un manto que había ido cayendo poco a poco sobre la naturaleza y sobre los seres vivientes, doblegándolos, adormeciéndolos... Yo sentía todo el peso de la noche sobre mis hombros; y comprendía cómo ante ese peso, a las fieras, a los barrancos, a las aves, a las abejas y aun a los humanos no les quedaba sino guarecerse y dormir... La noche penetra tan hondo en cada uno de nosotros que aletarga nuestros sentidos, haja nuestros párpados, y nos hace reposar... pero no es un peso oneroso el de ese manto de oscuridad y silencio. La noche de Alcman era portadora de una infinita placidez.

Yo me sentía una sola cosa con las quebradas y abismos, con aves, árboles y fieras sumidas en su profundo sueño. Yo era la noche también y sentía al silencio brotar desde mis huesos; Alcman, el poeta espartano de hacía 2,500 años, había logrado el prodigio: sus palabras operaron como un conjuro mágico: “¡Yo te comprendo, hermano. Tu voz ha llegado hasta mí atravesando el tiempo y las distancias. Tus versos resuenan en los más hondos rincones de mi alma, porque hablamos el mismo lenguaje, amamos las mismas cosas. Somos poetas los dos...!” Y lloré en silencio la enorme dicha de estar penetrando por esa vía los secretos más dulces y sabrosos del cosmos... En la inmensidad del universo viviente somos una misma y sola cosa, los diminutos insectos, las fieras, los humanos, los silbidos del viento, los follajes y los poetas que cantamos a la noche.

En aquella íntima velada poética nocturna, yo había sido depositario de una revelación. Me la comunicó un colega cuya existencia transcurrió cientos de años atrás. Y la atmósfera, el ambiente apropiados habían sido dados, precisa-

mente, por los árboles, las flores, los ruidos y los silencios de mi terreno en Antiguo Cuscatlán.

La energía que fluye desde ese solar encantado es tan poderosa que, entre otras manifestaciones, se plasma en poesía. De ahí han salido páginas y páginas, versos y más versos. Ese lugar es como una caja musical; con sólo estar atento, uno oye alguna melodía y se siente impelido a escribir, a cantar. Estas mismas líneas responden al secreto impulso inyectado por las horas de mi permanencia allá. En estos momentos estoy lejos de Antiguo Cuscatlán, pero mi lápiz fluye indetenible para dar cuenta de lo que ocurre allí, de su desbordante e incontenible energía creativa.

La sensibilidad respecto al paisaje es algo que se ha ido perdiendo en la mentalidad moderna, máxime la occidental. Los orientales suelen ser más atentos y abiertos a los estímulos que les vienen de la naturaleza. Se me ocurre ahora que esta afición por escuchar los más mínimos sonidos provenientes de mis árboles; esta mi obsesión por fijarme cómo se mueven las hormigas y las arañas, lo caracoles y los escarabajos; mi pila por palpar y oler los musgos y la humedad de las epífitas, es algo que me hermana más con esas culturas orientales. Me apasiona el arte precolombino (de tanta remembranza asiática), y tengo como proyecto conocer algo más cada vez de las culturas china, hindú y otras culturas orientales.

Por ahora, quisiera hacer un breve recorrido por una manifestación artística oriental. Se trata del *Haikú*, creación poemática japonesa que habré de tomar como modelo para elaborar mis propias composiciones... Según nos explica Luis Carlos Toro, en un artículo publicado en *Taller de Letras* (Nº 128, marzo-abril 1989), el *Haikú* es una forma poética muy característica del Japón. Se trata de una brevísima composición de tres versos: el primero consta de 5 sílabas, el segundo de 7 y el tercero de 5; total, 17 sílabas... En esos poemas de origen muy remoto, el pueblo japonés muestra su extremada delicadeza. Las pequeñas dimensiones de la composición lo emparentan con otras manifestaciones del arte japonés: los dibujos minúsculos, los jardines en miniatura con sus árboles bonsai.

En suma, en los *Haikús* se reflejan un agudo sentido de observación y un profundo amor por la naturaleza; además, en ellos suele ir concentrada una sabia lección de vida. Algunos ejemplos:

- ¿Quieres ver soledad?
Sólo una hoja al árbol
le queda ya.
- Con luna llena
vago junto al estanque
¡La noche vuela!

- Canto del grillo
muere sin dejar rastro
¡Qué brevedad ha sido!
- Viento de abril
la mariposa en rama
mece, gentil.

Inspirado en ese exquisito arte japonés, he ensayado la elaboración de algunos *Haikús*, los cuales —como pinceladas de color— recojen alguna parte de las experiencias relatadas hasta este momento en mi ensayo:

- Entre bambúes
va retozando un río
¡Y tú sonriendo!
- Orquídea blanca
aferrada al tronco
¡Bebes al aire!
- Alto eucalipto
guerreas contra el viento
¡Resuenan armas!
- La araña teje
su red entre las flores
¡y ahí estoy preso!
- Montaña fría y
pinos olorosos
sacuden mi alma.

Esas ciencia y paciencia de lo diminuto las practicamos con mi hijo Rafael Arcadio desde que él estaba muy pequeño. Lo acostumbré a observar los insectos correteando entre las ranuras de los troncos: las hormigas bravas, las cucarachas y chinches de monte, y hasta nos hemos topado con una mantis o rezadora y un hermoso insecto palo. Recuerdo que cuando Cayo (así le decimos a Rafael Arcadio) tenía unos cinco años le gustaba que yo le explicara los tipos de arañas que había en nuestro terreno. “—A estas les llaman arañas de cofrecito, aunque más parecen cangrejos, con carapachos de todos colores; las hay blancas, amarillas y rojas. Aquella otra es la araña de seda, porque su tela es fuerte y resistente como si fuera seda. ¡Y tené cuidado con las arañas de caballo que hacen sus hoyos en la tierra y de vez en cuando se meten a las casas!”

Una vez regañé a mi hijo por haberlo encontrado apedreando un panal, de esos que son tan abundantes en nuestro terreno y a los cuales llaman verga de toro. Como lo fabrican avispas inofensivas y que a lo sumo tienen la maña de enredarse en el pelo, pues no tiene caso combatirlos. Distinto es el caso de unas avispas enormes, como las ahorcadoras; éstas sí debieron ser erradicadas, por el peligro que implicaba su presencia cerca de las habitaciones de la casa.

En un tiempo hubo abejas chumelito: esos animalitos chiquitos cuya miel sólo sirve para curar enfermedades de los ojos, según dice la gente. Yo no he oído hablar de que sea buena para ingerirla... Don Chepe León, el viejito tatarata cuidador durante algún tiempo de nuestro jardín, se encargó de destruir el panal de las chumelito, argumentando que no servían para nada. También para ese anciano, las orquídeas y las epifitas amarradas por mí a los troncos de los árboles, eran un perfecto desperdicio: no entendía qué utilidad podrían reportarle al terreno...

Durante varias ocasiones nos visitaron las hormigas acarreadoras, llamadas así por cargar con todo lo que encuentran a su paso: cucarachas, grillos y hasta alacranes. Hoy, las urbanizaciones se han encargado de ir clausurando todo posible acceso de las casas de nuestra colonia a los cafetales y al campo; por eso, es prácticamente imposible que las acarreadoras puedan llegar con sus largas hileras hasta nuestra propiedad. Ellas se van internando cada vez más en los montes, y cada vez más lejos de nuestra ciudad...

Todavía han quedado como huéspedes —aunque a veces non gratos— los zompopos... En un tiempo debimos declararles una guerra a muerte porque estaban socavando una parte cercana a los cimientos de la casa. Hoy por hoy, siguen acarreado hojitas y pétalos de flores; continúan dejando pelados a los pobres claveles y algunas ramas de los árboles de fuego. Pero ya no son tan abundantes como antes; también a ellos la vida moderna los va relegando a especies raras, casi en peligro de extinción.

Una reflexión recurrente hecha a mis hijos ha sido de que todos los animalitos, aun los más molestos, tienen su razón de ser. Los zompopos: pues son los podadores más eficaces con que cuenta la madre naturaleza; después de sus “podas”, los árboles agarran fuerza y dan más flores y frutos. Hasta las asquerosas cucarachas cumplen su función: ellas segregan una baba que corrompe más rápidamente los desechos, acelerando el proceso de descomposición, tan necesario para el ciclo de la vida...

Una vez reflexionábamos con Cayo que cuando los zancudos se acaben, pues quizás va a ser un llamado de alerta, porque también la vida entera sobre el planeta estará corriendo peligro... Sin embargo, creo que por ahí no va la cosa. La proliferación de ciertos animales e insectos, como las cucarachas y los zancudos es, en sí mismo, un mal síntoma: hay ya tantos desechos y tanto miasma,

que esos animalitos, en un tiempo hábiles cumplidores de su misión y existiendo en un número controlable y limitado, ahora se han convertido en auténticas plagas propagadoras de enfermedades. Esos insectos son los que según la película *La crónica Helstron*, llegarán a dominar el planeta Tierra, amontonándose sobre los desechos y la basura dejados a su paso por los estúpidos humanos.

Ante los zompopos acarreado ramitas y hojitas, se me ocurrió una vez algo: llamé a Cayo y le dije que así como esos insectos llevaban provisiones a sus cuevas, así también en el terreno había unos pequeños seres, uno gnomos que vivían en galerías debajo de un tronco, y que, como los zompopos, ellos transportaban hojitas y minúsculas provisiones... Desde entonces, yo encontraba a mi hijo observando unas figuritas que representaban a esos gnomos. Las habíamos puesto justo ante un hueco debajo del tronco caído. La imaginación del niño les insuflaba vida y las hacía caminar. Según él, todas las noches, mientras nosotros dormíamos, las pequeñas figuras iniciaban su interminable ronda, cargando semillitas, pétalos y ramitas: todo lo que pudiera servirles para continuar con su vida de gnomos.

Pero el poder de Cayo no sólo se limitaba a eso. Un día, cuando aún contaba con cuatro o cinco años de edad, Panchi, su mamá, lo encontró tendido en el piso del corredor. El niño había cruzado sus manitas debajo de la barbilla, y contemplaba fijamente algo. Cuál no sería el espanto de Panchi cuando se dio cuenta de que Cayo tenía enfrente a un enorme alacrán. Sólo que este estaba profundamente dormido, hipnotizado por la mirada del niño.

La vida de los seres minúsculos hierve en el solar mágico de Antiguo Cuscatlán. Hay ejércitos de termitas que se ceban en los árboles enfermos o en los troncos caídos. Pero ellos son huéspedes ocasionales, lo mismo que las luciérnagas. Sin embargo, en contadas oportunidades, de estos insectos he visto colmarse el terreno, alegrando las primeras noches del invierno. Realmente es siempre maravilloso el espectáculo de esas lucecitas describiendo su ballet improvisado y silente. Hasta un cocuyo terrestre, tan iluminado como una locomotora de juguete, he visto alguna vez.

Los habitantes perennes son los señores grillos. Aún no puedo explicarme, sin embargo, por qué suenan más intensamente sus flautas y sus violines en una parte del terreno que da a la propiedad de unos vecinos de apellido Valencia: ciertos árboles o matorrales les ofrecen mejor hospedaje, tal vez... Hacia ese lugar me acerco con frecuencia durante las noches en que estoy regando. Porque ahí se oye, de vez en cuando, el vibrar monótono y triste de cierto grillo; a través de él me remonto a pasajes de mi infancia. También, pues, los grillos son vehículos o corredores de comunicación para viajar para adelante o para atrás en el tiempo...

Una hermosa experiencia en este orden de cosas la tuvimos hace poco mis hijos y yo. Explicaba a Rafael Arcadio y a Ursula que cierta música de Mangoré

debe oírse preferiblemente de noche y a la intemperie en un lugar boscoso, para que los sonidos nocturnos se entremezclen con las notas de la guitarra. Yo ya había tenido la experiencia en la casa de Alejandro Coto, en Suchitoto, y me interesaba que también la tuvieran ellos... Para eso, puse un disco de ese autor paraguayo salvadoreño, y nos sumimos en su música... Poco a poco mi aserto fue cobrando forma y vida: la música de Mangoré se traslapaba perfectamente con los grillos y el viento. Cuando bajaba la intensidad de la guitarra, se oían con más fuerza el canto de los grillos y el zumbido del viento. Y entre pieza y pieza del disco, los sonidos de la noche funcionaban como un *intermezzo*. Total, que la música de Mangoré dialogaba y se completaba con la música de la naturaleza. La una era el comentario de la otra; una y otra parecían entrelazarse en una técnica de fuga: las voces siguiéndose alternativamente, comentándose, fusionándose... Fue especialmente con "Sueño en la floresta" que tuvo su culminación maravillosa el traslape entre las dos melodías: la que llegaba desde las cuerdas de una guitarra y la que llegaba en los arpeggios de los grillos y el viento.

La persuasión de que en nuestra "arboleda" la vida menuda se está reproduciendo de un modo fuera de lo común, me la confirma la aparición repentina de bichos raros, de especies exóticas, diría yo... Hace poco vi volar entre las hojas de los filodendros un enorme insecto; pensé que se trataba de una avispa ahorcadora. Al acercarme, me di cuenta de que era un gigantesco escarabajo de unos 8 o 9 cm de largo, con unas antenas curvadas, de más de 10 cm. Ursula quería matarlo, pero logré persuadirla de que estábamos ante una de esas rarezas de colección. Y dejamos al hermoso escarabajo de color amarillo seguir su torpe vuelo de hoja en hoja.

Rarezas de colección son también las mariposas que a veces nos visitan. La enorme mariposa azul tan frecuente en nuestros campos, se asoma alguna vez; cada vez menos... por las razones apuntadas antes: el corte abrupto de circulación entre nuestro terreno y el monte, o, más en concreto, el alejamiento —gracias a los muros y barreras de cemento— respecto de la barranca que va a desembarcar al Plan de la Laguna.

También paulatinamente más escasa es esa exótica mariposa de alas transparentes, como de cristal. Aunque mi sorpresa ha sido enorme cuando, hace unos días, he visto a una extraña mariposa jugando a las escondidas. Era una mariposa más bien pequeña, cuyas alas imitaban perfectamente la estrías y variaciones de color de un tronco cualquiera. Lo más raro fue que nuestro insecto volaba dando pequeños saltos de árbol en árbol, como si estuviera escondiéndose de algo y como si, además, quisiera asomarse furtivamente —espíar— antes de dar el siguiente salto... A saber qué fantasma de ave predatora la perseguía a ella y a sus ancestros, desde remotas edades... juego atávico para la sobrevivencia el de esa bellísima mariposa.

La última novedad se dio hace unas pocas semanas... cierto día de octubre del 95 por la tarde empezó a oírse un chirrido metálico tan intenso que molestaba al oído. Pregunté a Cayo si sabía de dónde provenía aquel ruido... tal vez en algún terreno vecino cortaban hierro con una sierra —le sugerí—. Pero Cayo me externó la sospecha de que podía ser un animal el causante de aquel desagradable chirrido: podía ser un cheje o pájaro carpintero.... Pero no había ninguno cerca en ese momento; además, el tack-tack del pájaro carpintero cuando está picando los árboles es inconfundible... ¿Un gusano? nunca el shhhhhh... shhhhhh de un gusano suena tan alto y por tanto tiempo... Así que decidimos investigar.

Guiados por el chirrido, ubicamos el árbol de donde podía provenir... Cayo fue el primero en descubrir al animalito. Era, ciertamente, una especie de chicharra, pero distinta a las conocidas y familiares cigarras de Semana Santa. Esta tenía, más o menos, la forma de una delta griega (Δ). Nunca habíamos visto ni oído nada igual; y concluimos que se trataba de una chicharra de invierno, parecida a las que oímos una vez en Jayaque mientras andábamos recorriendo un terreno. Sin embargo, esta chicharra de ahora tenía un canto más estridente y sólo unas dos veces visitó nuestra "arboleda". Desde aquella vez, no nos ha vuelto a visitar.

En resumidas cuentas, la mirada atenta y concentrada sobre esos minúsculos seres ha implicado para mí (y creo que también para mis hijos) viajes cada vez más provechosos al interior de uno mismo; aunque también, auténticas travesías hacia el corazón misterioso pero auscultable del cosmos. El poema que enseguida consigno se titula "Ontofanía" (revelación o manifestación del ser); porque ahí, en ese solar, bulle la vida, se expande en microscópicas burbujas de energía. El ser está en ebullición permanente, borbollante como una fuente que alegrara con su melódica circulación del agua, desde el patio de una mezquita o de un convento.

Ontofanía
(Para mi hija Ursulita)

Conozco la raíz
que hunde sus pétalos en tierra
y florece invertida.
O la pequeña flor
abriendo su bazar arborescente
para ofrecer la miel a las abejas.

Me puedo el reptar,
la carrera a paso lento
de las hojas diminutas
pletóricas de savia



**"SAN SEBASTIÁN"
(CATLEYA SKINNERI)**

y
el minúsculo indagar,
el regateo de la hormiga
sobre la piel encallecida
de los pinos.

Y me inclino
a la meditación
al himno capilar
que entona la vida
a cada instante.

Y me conozco
y reconozco
a la naturaleza
contemplándose a sí misma
embebecida.

Y conozco
y reconozco
el secreto de mi voz:
por mí se pregona este milagro
y en mí
se continúa.

(Un día de 1990, por la tarde)

3. De lo sagrado a lo profano: todo es espíritu

Con Panchi hemos insistido a Rafael Arcadio y a Ursula que el solar de Antiguo Cuscatlán deberá ser conservado y tratado por ellos como un lugar privilegiado: por su posición (cerca a las montañas de Antiguo Cuscatlán), por las condiciones mismas del terreno (la abundancia de árboles y plantas), y por las experiencias que estamos pasando en él.

El otro día recordábamos con mis hijos lo que las compañeras de Ursula opinan sobre el lugar. Para Silvia, llegar a la casa es como ir de día de campo: por lo típico de la decoración y por la arboleda. Según Alicia se pueden dormir unas siestas bien sabrosas, ya que lo fresco y el arrullo del viento lo adormecen a uno. Rafael Arcadio confesó un día de tantos cómo había encontrado la paz interior, precisamente durante unas semanas en que estuvo muy enfermo de los bronquios. “—Papi, hemos platicado mucho con Iris; y ya voy clarificando qué es lo que quiero para mí en la vida... En esos días pasados, yo me he sentido mal físicamente, pero empecé a sentirme bien espiritualmente... Y, papi, ya he comprendido lo que otras veces me habías dicho: en este lugar, durante la noche, no

da miedo; al contrario, uno se siente bien feliz de pasear por él, regando o viendo las estrellas". Iris —la novia de Cayo— también insiste en que a ella la invade una gran paz cuando pasea por el jardín.

Para los primitivos, lugar sagrado era aquél consagrado en virtud de algún hecho singular; ahí los dioses habían manifestado su voluntad de ser honrados, mediante la erección de un templo, por ejemplo. La garantía de que esa sacralidad iba a estar fluyendo permanentemente (como si fuera una fuente), era la disposición de los elementos componentes. Por ejemplo: el lugar seleccionado por las divinidades como sagrado debía ordenarse de la misma manera que estaba ordenado el cosmos. Así, un árbol plantado en el centro del territorio escogido, un poste central, alrededor del cual se armara una casa comunal o un templo, eran la representación visible, tangible del *axis mundi*, del eje alrededor del cual estaría girando el universo entero.

Pues bien, cuando yo fui sembrando mis árboles en la "arboleda", nunca tuve un plan preconcebido en cuanto a su disposición. Donde miraba un hueco, ahí ponía uno o dos arbolitos cuidando, eso sí, los efectos estéticos del conjunto; pero sin sospechar siquiera cuáles habrían de sobrevivir y cuáles otros se desarrollarían más que los demás. Ahora, después de 20 años, me doy cuenta de la misteriosa disposición básica de la "arboleda". El árbol N° 34 es un pino negro altísimo, de unos 30 metros de altura. Es recto recto y —curiosamente— está casi exactamente en el centro del solar (en el croquis de la "arboleda" aparece muy cargado hacia el lado norte; en la realidad, es menos).

Ese pino es el *axis mundi* en el terreno de Antiguo Cuscatlán. El es el lanzapararrayos o la vía de comunicación entre el mundo físico de acá, y el mundo de las fuerzas espirituales, invisibles del más allá. Ahí es donde toda la energía vital y espiritual se concentra antes de ser lanzada y expandida en el espacio. Ahí es igualmente el punto de captación de las más sutiles energías del universo. Antena, poste totémico, falo sagrado, ese pino central de la "arboleda" es el símbolo visible de la fuerza creativa que, producida en el seno de la tierra, intenta taladrar el cielo.

Ahora bien, ¿por qué fabular en cuanto a esa supuesta sacralidad de un lugar cualquiera? ¿No estamos ante algo gratuito y completamente subjetivo? Bueno, para quienes vivimos amparados bajo esa "sombrija cósmica", lo que ahí acaece tiene toda la fuerza de lo real. Y poco importa cómo lo vayan a catalogar mentes ajenas a este tipo de experiencias. Autosugestión, coincidencias, histeria y hasta esquizofrenia.

¿Y qué tipo de fenómenos ocurren? ¿A qué tanta alaraca por algo que puede tener una explicación sencilla? Ya hablé del ambiente de paz que ahí se respira, y cómo eso lo han sentido cuantos ahí llegan. Se me ocurre pensar que en la "arboleda" hay una especie de fuente de aguas termales, invisibles pero milagrosas, y que quienes se llegan a beber de esas aguas se rejuvenecen y se curan...

Aguas de la florida, de Juvencia, Fontana del Ser... Todos esos piropos me atrevo a endosarle a ese lugar porque ahí habitan unos seres alados, quizás sflfides —ninfas del aire o almas de las orquídeas y epífitas—, o quizás los managuas: espíritus errantes de las culturas precolombinas, que aún vienen viajando en las alas del viento.

Desde que nos divorciamos con Ana Francis, entramos en una dinámica destructiva de tal magnitud que toda esa problemática era como un nudo gordiano: no había forma de desamarrarlo, y todo intento de solución era incluso contra-productivo: más se embrollaba el asunto. Había insultos, amenazas. Y a todo esto, los hijos recibiendo aquel aluvión de energías negativas... Sin embargo, en un momento dado y cuando todo apuntaba a que la única salida sería una aún más drástica y dolorosa ruptura, las cosas comenzaron a tomar el exacto lugar que les correspondía. El nudo se fue desenrollando, hasta quedar completamente libre y suelto. Ahora, cada uno de nosotros vive su propia vida (Panchi tiene su compañero, y yo mi compañera); pero ahí en ese lugar, en la “arboleda”, ya no hay más el tira-y-afloja, ya no la piedra de escándalo ni fruta de la discordia; aunque aún cuesten enormemente ciertos aspectos de la convivencia: Ursula —por edad y por temperamento— todavía provoca trifulcas y explosiones; Cayo no se responsabiliza del todo respecto a sus estudios y a su trabajo.

¿De dónde puede provenir toda esa energía positiva del lugar? ¿Qué hay en ese solar como para haberse convertido en una especie de horno o de caldera donde se cuecen y se generan energías de tal magnitud? El otro día, con Panchi y los cipotes ensayábamos una explicación: ahí, en ese lugar, Arcadio y Ursula fueron concebidos con amor (independientemente de que después se hayan emproblemado las cosas y, como pareja, hubiéramos derivado las crisis ya señaladas antes). Por ahí pasaron gentes que ofendieron sus vidas por la causa del pueblo. Al lado, está la casa de los jesuitas donde vivió algún tiempo Amando López, uno de los seis jesuitas asesinados en noviembre del 89. El flujo de energía positiva desde la casa vecina —santificada, además, por Amando— está actuando en la “arboleda”, y su acción va a ser motivo de algunos relatos, un poco más adelante.

Finalmente, yo creo que ese suelo es sacro porque ahí fue asiento durante muchísimo tiempo de las gentes sencillas de la época precolombina. Ciertamente, todo Antiguo Cuscatlán fue territorio del Señorío de Cuscatlán; además, esa zona debió de haber estado habitada desde milenios (el esqueleto de mujer encontrado a dos cuerdas de la “arboleda” tenía casi dos mil años). Pero yo estoy más que seguro de que en la parte donde estamos ubicados nosotros debió de ser un sitio especial: por ser alto se domina casi todo el valle de San Salvador; por ser plano, ahí debieron existir templos o quizás hasta pirámides... Desde que yo llegué al lugar en 1974 experimenté la sensación de que alguien —enterrado ahí o que había vivido ahí— quería comunicarse conmigo. Una noche imaginé que

era una especie de sacerdote el que miraba a través de mi ojos, y se extasiaba viendo las estrellas.

Se dieron entonces, quizás, los primeros impulsos que tuve por lanzarme al conocimiento de las constelaciones. Ahora sé de cierto que la personalidad de astrónomo (profesional o aficionado) que llevaba desde a saber cuántas vidas pasadas, afloró precisamente por los estímulos de mi “arboleda”. A veces, me identifiqué plenamente con los astrólogos babilonios y caldeos; siento que estuve en la Creta de Minos. Una vez fue a un sacerdote egipcio a quien descubrí escondido entre mis vidas anteriores (sobre ese descubrimiento hablaré más adelante).

Pero la sensibilización mayor, a partir de mi contacto con suelo antigüeño, ha sido respecto de los personeros de las culturas precolombinas. Creo que soy depositario de la tradición de la Flor y el Canto (*In xochitl in cuicatl*): una escuela de poetas que viene desde Texcoco y que cuenta entre sus representantes más eximios a Nezahualcōyotl y a Nezahualpilli. Sospecho que entre esos vericuetos literario-sacerdotales se escurren también algunos rasgos mayas. El “perfil” de lo que yo represento aguanta con todos ellos (es de sobra conocido que razas orientales como los semitas siempre se han caracterizado por poseer una nariz grande y aguileña. Y del oriente vinieron también los antepasados de los antiguos americanos).

Pues bien, a mí se me ha dado el encargo de exponer la concepción básica de la escuela de la Flor y el Canto. ¿Por qué venimos a la tierra a cultivar las flores y a entonar los cantos? Eso es lo que voy a ir explicando poco a poco y paso a paso...

Una observación necesaria es que esta concepción secular no excluye en su valoración de las manifestaciones del arte y del espíritu, expresiones que en apariencia no tienen nada que ver con ella. Para el caso, alguien que profesa o profesó el cristianismo puede perfectamente ejemplificar con casos de aquel acervo doctrinal algún aspecto de esta concepción esencialmente pagana (si bien profundamente religiosa) de lo Flor y el Canto. A través de los casos concretos se irá clarificando el asunto.

Había dicho que la cercanía de nuestra “arboleda” con respecto a la casa donde vivió Amando López le ha dado a aquella una “virtud” que puede ser “palpada”. No es la única, pero sí la presencia de Amando es una de las causas de la generación de energía positiva, tal como aseguré arriba. En esta oportunidad voy a ampliar el aserto...

En agosto del año pasado, mi hijo Rafael Arcadio viajó a Cuba y estuvo allí durante unas dos semanas. Habló por teléfono con Panchi una vez y conmigo otra durante la primera semana de su estadía en la isla. Pero en la semana siguiente ya no se comunicó con ninguno de nosotros. Faltando dos días para su regreso, me entró a mí una gran zozobra. Yo sabía que Cayo se las puede arreglar muy bien solo. Sin embargo, en esa ocasión algo más me molestaba. No

era sólo que Cayo no hubiera hablado por teléfono: había algo, algo... Así que esa noche ya no aguanté más. Me dirigí a la habitación de mi hijo, puse las manos sobre la puerta y le pedí a Amando: "Por favor, Amando, comunícame con mi hijo; haceme saber que él está bien; porque yo estoy muy preocupado por él"... Bastaron unos segundos para que yo, apoyadas mis manos sobre la puerta de la habitación de Cayo y con la mirada hacia el piso, empezara a experimentar algo fresco que me fue bajando desde la cabeza a los pies ("baño de tranquilidad" he llamado a esa experiencia). En ese instante, tuve la plena seguridad de que mi hijo estaba bien. Amando me había permitido tener con él una comunicación cuasi telefónica... Y ya me quedé completamente tranquilo.

Unos días después, Panchi me habló por teléfono muy de mañana: "—Te quise hablar tempranito antes de que oyeras o vieras la noticia y te alarmaras; Cayo no venía en el vuelo de Aviateca que se accidentó anoche..." El asunto es que Arcadio pudo haber volado desde Guatemala a El Salvador en ese avión, viniendo desde Cuba. Atrasos de última hora hicieron que volara en la misma línea, pero al día siguiente de la tragedia. El nos contó que los jóvenes hicieron chistes crueles durante el viaje, para calmar las tensiones. Alguien sugirió que el piloto saldría a decirles: "—Señores, ¿en qué volcán quieren caer: en el Izalco o en el de San Salvador?, porque el Chinchontepic ya está ocupado..." La posibilidad del trágico accidente era lo que me molestaba cuando mi hijo se encontraba a punto de viajar desde Cuba. Amando me tranquilizó oportunamente, y yo se lo agradezco.

Pero no sólo con Amando me comunico de esa manera. También con Ellacu, Nacho, Lolo, Moreno y Segundo lo hago. Sus "baños de tranquilidad" los he recibido al menos en dos oportunidades más... En definitiva, ellos son parte de esa cohorte de espíritus alados que sobrevuelan la "arboleda". Y aquí viene entonces la aplicación de la teoría sustentadora de la Flor y el Canto... Amando y compañeros es el nombre que yo le he puesto a los más nobles y tiernos sentimientos que anidan en el interior de mí mismo, y a las más poderosas energías creativas y transformativas que brotan desde mi más profunda interioridad. Ellos, pues, hacen brotar, florecer, lo mejor de mi espíritu, así como también una sólida seguridad en mí mismo. Por el infinito cariño y respeto que les profeso, quizás se opera el fenómeno; pero el hecho es que para mí Amando, Ellacu & Cía hacen florecer las energías positivas de las personas. Por eso, tan sabiamente en el lugar donde fueron asesinados, pusieron un jardín de rosas: nada mejor que dicho símbolo para expresar lo que esos hermanos mártires han pasado a significar para nosotros. "—Todos los que visitan este lugar sagrado (donde fueron muertos y donde reposan sus restos) salen de aquí sintiéndose con ánimos para ser mejores. Nadie que pasa por aquí deja de ser tocado". Son estas más o menos las palabras del padre Jon Sobrino al referirse a aquel lugar.

Extrapolando, yo diría que las flores son, entonces, misteriosas manifestaciones simbólicas de las hermosísimas fuerzas que somos capaces de producir no-

sotros los humanos. Pero, avancemos un paso más: la manera mejor y más efectiva de cultivar las flores es irradiando energías positivas, amorosas. El despliegue de colores, los aromas y aun la proliferación de las flores y plantas dependen, en última instancia, de ese amor y cuidado que les prodigamos a ellas; pero también del amor y cuidado que prodiguemos a otros hermanos, a nuestros semejantes.

Sólo podrá ser excelente jardinero quien ame apasionadamente el verdor de las plantas y el aroma de las flores, con la misma intensidad con que ama la vida y prodiga ese amor por donde va pasando... Desde que yo me he sentido más sólido en mis convicciones —a través del contacto con los espíritus alados de mi “arboleda”, y a partir de una más decidida entrega a la tarea de preservar y de cantar a la vida me visto crecer más variadas y hermosas a mis orquídeas y epífitas; he visto fortalecerse y solidificarse en mayor medida a los árboles y plantas huéspedes de mi “arboleda”.

De esta manera estoy terminando de explicar el aspecto sacral de la doctrina de la flor y el canto, tal como yo la entiendo (quizás Nezahualcóyotl se jalaría los pelos ante tanta blasfemia). Amando & Cía ejemplifican el florecer de las mejores cualidades humanas, en virtud de la poderosa energía positiva que despliegan y general. Ahí donde hay flores hermosas, especialmente orquídeas, debe andar circulando un aire sacral muy intenso: una atmósfera imbuida de la presencia de espíritus como el de Amando.

Las orquídeas aspiran el aire y de la humedad se alimentan; por eso, me atrevo a dictaminar que ellas, más que otras flores, son especialmente sensibles a la energía positiva, a la diaphanidad y transparencia de los elementos y fuerzas espirituales que circulan a su alrededor.

Me toca ahora entrar al aspecto profano de la flor y canto... Cuando yo vivía solo en la casa y terreno de Antiguo Cuscatlán, me visitó varias veces Lila, la más persistente y carnal de mis musas. Su música alegró inolvidables veladas en mi “arboleda”... Ella me decía que al entrar ahí se sentía impelida a efectuar una especie de ritual. Efectivamente, casi siempre antes de hacer el amor, recorríamos el jardín tomados de la mano o abrazados. Nos deteníamos por momentos a contemplar una planta, una flor o algún insecto. Era como un juego para retardar el encuentro que nos esperaba, un morboso dilatar los momentos previos al éxtasis. Era una sutil pero efectivísima forma de la excitación.

Después, nos aprestábamos a la verdadera ceremonia. El despojarse de las ropas, las caricias preliminares y los besos cada vez más ardientes tenían todos los visos de un contacto plenamente vegetal. Además, llegar hasta el clímax es como perderse en el *summun* de las enredaderas y como acceder a los placeres extáticos del *picaflor*... Lo que yo he experimentado en algunas ocasiones haciendo el amor con Lila, sólo puede comprenderse como experiencias místicas... De un misticismo provocado por el zumo vaporoso de la “arboleda” y por la intensidad misma de nuestra relación.

Durante el pacto amoroso se llevaron a cabo ante mis ojos y a través de mi tacto, auténticas metamorfosis en Lila. Fueron pocas, ciertamente; pero suficientes como para afirmar que ellas caen dentro del orden de lo maravilloso... Una vez, entre los jadeos del orgasmo, sentí a Lila moviéndose de un modo extraño. Su torso, sobre todo, se contorsionara como al compás de una danza. Fascinado, se me antojó pensar que ella estaba reptando. Mis manos apretando su cintura ayudaron a completar la imagen que me estaba llegando desde Lila... Ella era una boa; su piel humedecida y sus movimientos serpentinos me lo evidenciaban

. Y yo me sentí, entonces, el orgulloso dominador de una exquisita fiera... Yo era el cazador, el aventurero enfrascado en una lucha mortal con la anaconda. Al final tuve de sucumbir agotado, entre la hojarasca húmeda de la selva...

La otra maravilla fue verla convertida en ángel o en flor... Extasis tras éxtasis, las mejillas de Lila se fueron poniendo rosadas, brillosas. Con los ojos cerrados, su rostro dibujaba una leve sonrisa. Al mismo tiempo, su cuerpo esbelto se fue arqueando, elevándose sobre las almohadas, como queriendo volar. En esa ocasión, a Lila le crecieron alas o despertó en ella plenamente una flor.

Pero el más extraño suceso se dio cuando yo fui parte de la transformación... Una vez, también en el clímax de nuestra relación sexual, Lila se me quedó viendo como entre asustada y anhelate... Me vi, entonces, a mí mismo como un sacerdote sacrificador a punto de hendir la piel de una muchacha en una pirámide precolombina... Y me dejé llevar por un mórbido placer, mismo que ha de haber experimentado aquel sacerdote al momento de desgarrar la entraña de su joven y hermosa víctima. Después, me avergoncé de tal sentimiento; y ni siquiera fui capaz de comentarle a Lila el episodio.

Un poema del libro *Pasajero tu cuerpo*, dedicado íntegramente a Lila, puede dar una ligera idea de esa serie de transformaciones y metamorfosis místicas, proteicas:

Yo sé cuánto puede durar
este milagro.
Tu Eva desnuda
extática al pie del árbol
y yo
serpiente del bien y del mal
jugueteando
con la fruta prohibida.

El ángel vengador
merodea en las afueras
de nuestro Edén
en miniatura

**mientras Adán inocente
se duerme
lamiéndose la herida del costado.**

**Te rodea mi cuerpo
constrictor
por todos lados
salta la espada flamígera del ángel
fulminando el último aleteo
de tu beso
casto y núbil.**

**No importa
que nos expulsen
de aquí en adelante
de todo paraíso
y que nos lancen
a repoblar regiones
de demonios y proscritos.**

**No importa
que despierte Adán
y que conjure a los arcángeles
contra nosotros.**

**Ya conocimos el Edén
adquirimos su sabiduría.
No está muy por encima
de árboles y frutos
porque radica en los cuerpos
en la sabia agitación
de sus ramas y sus jugos
de sus alas y sus dones
hasta llegar a la copa
del encumbrado himeneo.**

**No importa el anatema
las condenas.
Adondequiera que los dos vayamos
expulsados
el Edén va con nosotros:
Eva junto al árbol
y yo bajo su fruto
unidos**

(Mayo de 1988)

Yo he dicho repetidas veces a mis amigos y a mis alumnos que me considero sacerdote de un culto pagano. Porque mi religión es el Eros, el amor en toda la plenitud y extensión de la palabra. Ahora bien, ¿cuál es el porque de tal afirmación? ¿Qué derecho me asiste? Pues a mí la madre naturaleza, así como me negó ciertos dones, me proveyó de otros... Disfruto a rabiar escribiendo, dibujando, cantando, tocando las tumbadoras, o bailando. Practico varios deportes; pero, sobre todo, intento jugar basketbol con sentido de la estética y de la perfección. Me gusta ser un artista haciendo el amor. En fin, me embeleso embelesando a través de mi palabra: capto la atención de mis alumnos y escuchas, con una expresión apasionada, a veces, pero siempre clara y ordenada. Me encanta seducir con palabras bonitas aunque sinceras a una mujer... Me he propuesto, además, que la muchacha que tenga una amistad íntima conmigo se vaya desarrollando cada vez más plenamente como mujer. Que florezca, que irradie amor, belleza, que sea lozana y rozagante... Como si fuera una flor.

Aquí en este punto, mi padre Nezahualcóyotl no osará contradecirme, creo... para el cultor de la filosofía de la Flor y el Canto le es asignada la tarea de ir regando flores por donde va pasando. Sus acciones probas y sus palabras sabias, junto con sus hermosas expresiones idiomáticas, son en los códices representadas como flores. Al cantor, al **cuicacani**, se le dibuja echando flores por la boca. De igual manera, ésa he decidido que sea mi función y mi tarea sobre la tierra: que todo lo que toque, que todo lo que diga... se me convierta en flor.

Una noche, de hace cuatro años, tuve la confirmación de que yo he vivido, en edades anteriores, en el cuerpo de algún sacerdote pagano... Estaba yo leyendo un libro sobre la religión egipcia. La luz de la lámpara me daba de lado, proyectando la silueta de mi rostro sobre la pared de la habitación, sin yo reparar en nada en ese hecho... Al pasar una página, mi vista se fijó insistente sobre la fotografía del rostro esculpido de un sacerdote egipcio. En ese instante, sentí que existía algo misterioso uniéndonos a él y a mí. Era un aire familiar, no sé... Cuando, de pronto, de soslayo me doy cuenta de que mi perfil (la frente amplia y la nariz aquilina) reflejándose en la pared, era el mismo del sacerdote egipcio de la fotografía. ¡Ahí estaba yo, mirando a través de los ojos pétreos de aquel sacerdote que vivió hace más de 2.000 años! Me recorrió un escalofrío y experimenté enseguida una religiosa reverencia; comprendí que mi misión sacerdotal —dentro de una religión pagana, cósmica— viene relevándose desde a saber cuántos cuerpos y mentes... Babilonia, Creta, quizás Alejandría, Jerusalén, ciertamente Texcoco, probablemente Tikal; qué se yo por cuántas calzadas y gradearías he transitado y ascendido para contemplar las estrellas o para cultivar los jardines cercanos a los templos... Quién sabe si he logrado hacer el amor con alguna diosa; pero con ninfas, ciertamente algún ancestro mío macho cabrío, debió de solarzarse en incontables ocasiones.

En fin, creo haber descubierto que bajo mi piel —a ratos humana, a ratos vegetal— late una sangre que trae savias, ríos, remansos y hasta mares encrespados... Y toda esa energía magmática —porque asciende desde lo más hondo del suelo, desde las entrañas de esta tierra volcánica— la he sentido borbollante, sobre todo en ciertas noches en mi “arboleda” de Antigua Cuscatlán. Pero, hay más: esas energías irradiadas desde ese mágico y sagrado predio actúan sobre mí dándome una especie de coraza protectora. La llevo conmigo y la he visto en acción en repetidas ocasiones. Aunque también creo que opera protegiendo a mis hijos, a Panchi... a Panchi y a quienes están más en contacto con la propiedad.

La belleza, el aroma de las orquídeas y espíritus alados de la “arboleda” es nuestro carma familiar. Es un aura que destella y creo que es posible verla en noches sin luna, desde varios puntos de Antigua Cuscatlán.

Para terminar, una postal, un poema de *Pasajero tu cuerpo*; él recoge algunos aspectos mencionados en este largo escrito; data de junio de 1988:

— Te me vas volviendo necesaria
imprescindible,
dijo el árbol
a la orquídea.

— Hicimos el amor
con el amor de siempre,
decía la orquídea,
mientras apretaba
fuertemente
al árbol.

Antigua Cuscatlán,
8 de febrero de 1996.